

Abramos los ojos

En las grandes conmemoraciones y solemnidades, se ha introducido la costumbre de añadir al programa de los festejos la representación de un acto sacramental.

Se desempolva uno de los viejos textos de Calderón, de Lope de Vega, de Tirso de Molina o de Valdivielso; se acomoda el aparato escénico, conforme a los «adelantos» de la técnica de hoy día; se cortan algunos trozos teológicos que el público de hoy no entendería, conforme al «retraso» doctrinal de hoy; y ya está lista la pieza para su representación. Después del espectáculo nos hacemos la ilusión de que los españoles de hoy somos como los de antaño, porque hemos asistido a un «acto sacramental».

Es un engaño. Hemos asistido, sí; pero sin entender aquel rico contenido filosófico y teológico; y aun si lo entienden algunos, por lo menos no lo saborean. ¡Y creemos que somos los mismos! Ponemos encima de la repisa de un salón una antigua imagen gótica: pero ¡qué diferencia hay entre saborear el aire de *museo* de una imagen, y saborear la vida de *intercambio religioso vivido* con una imagen! Pues igual para con los autos sacramentales: no es lo mismo representarlos a modo de curiosidad anacrónica e histórica, que vivirlos. Hay entre lo uno y lo otro la misma diferencia que hay entre una planta viva, y una planta muerta y disecada, pegada en la cartulina de un herbario...

¿Qué ha pasado con nuestra sociedad, que está tan empobrecida doctrinalmente? ¿Qué ha pasado en estos tres siglos, que le han robado su mejor tesoro? Antes, cuando se anunciaban ciertos actos académicos teológicos y filosóficos en Salamanca o Alcalá, había de tomar a veces la Autoridad sus medidas de orden público: aquellas ideas no eran una planta de herbario disecada: eran una planta viva para el alma de aquellas sociedades. ¿Y hoy?

La preocupación por la vida (y por tal entienden muchas veces el placer de la vida) parece haberlo absorbido todo: técnica, máquinas, quintales, producción... Pío XII ha levantado no hace mucho su augusta voz, no para denigrar la técnica y lo bueno de su avance, como obra de Dios que es al fin y al cabo, sino que ha hablado contra la hipertrofia de este ma-

terialismo que agarrota a los hombres anegados en la técnica de nuestro pobre siglo, y los hace esclavos de una máquina, tanto a ricos, como a pobres.

Me dirán que hoy día hay que luchar mucho por la vida, y que es dura esta lucha. Pero es fácil replicar que precisamente estos hombres de los autos sacramentales, tenían a veces una vida mucho más dura que no pocos de hoy; y sin embargo sabían jerarquizar los valores, sabían poner encima los superiores, y sabían por qué vivían.

No sólo la técnica hipertrofiada: también otra causa ha influido en esta gran derrota: el poco aprecio hacia la labor del intelectual católico. Muchos se dejaron embaucar con los falsos fulgores de la «Ilustración» en el siglo XVIII; rompieron puerilmente como si fuera una telaraña, el hilo conductor de los siglos anteriores con los que ahora venimos después de ellos. Así como se calaron el pelucón y se empolvieron, se calzaron zapatos con hebilla, y medias bajo los ceñidos calzones, así creyeron que «lo moderno» (y lo moderno de ellos resulta hoy día las antiguallas momificadas que nos repelen) los autorizaba a desviar el cauce: y dejando la antigua tradición de la doctrina y cultura superior católica, le dieron falsos sistemas, que al fallar, han dejado la sociedad en el pavoroso vacío doctrinal en que yace hoy día.

La tradición doctrinal católica, no obstante, no se perdió: se encerró temerosa en el recinto de los claustros y monasterios, donde ha seguido viviendo y desarrollándose, no como planta de herbario disecada, sino como planta vigorosa. Pero, ¿y en el campo de la sociedad? ¿qué pasa fuera?

Fuera... fuera, hasta tal punto ha llegado nuestra sociedad católica a hacerse extraña a sí misma, que cualquier joven intelectual que quiera hombrar ha de empezar por citar nombres de filósofos exóticos y heterodoxos: no con la serenidad del que ha estudiado un tema y lo justiprecia serenamente, sino con la aparatosidad del relumbrón de nombres y sistemas, cuya vaciedad y absurdo todos sentimos, pero que nadie se atreve a manifestar por temor a ser tildado de anticuado.

Hasta tal punto hemos llegado en esta ausencia de lo mejor, que cualquier joven cree poder proclamar una revolución en cada charla de bar, y extender a derecha y siniestra, en sus discursos, patentes de «muerto» y «anticuado», simplemente porque aquello no es tan superficial como él.

Hasta tal punto hemos llegado, que en fuerte contraste con la abundancia (muy loable por lo demás) de libros de devoción, padecemos una increíble penuria de cursos o textos *superiores* filosóficos y teológicos, no meramente escritos «por católicos», sino que presenten el «contenido doctrinal católico»; y que por otro lado estén al nivel del hombre culto de hoy.

¿Cuándo abriremos los ojos y verán las personas adineradas, que también hay 7 *Obras de Misericordia espirituales* a que atender, la 1ª de las cuales es «enseñar al que no sabe»?

En resumen y sin rodeos: proclamemos a los cuatro vientos que hemos de darnos cuenta de la situación real en que está nuestra sociedad; hemos de darnos cuenta de que en esto hemos sido sumamente superficiales. Nuestra situación real es tal que aun los católicos que poseen una cultura superior en los otros ramos científicos y profesionales, sólo conocen las riquezas de su Fe, su Teología y Filosofía, por lo que han «vivido» de piedad dentro de su familia, y por lo que aprendieron cuando niños en la escuela o en la segunda enseñanza. Todo el resto de cultura católica superior no cuenta para ellos: es algo tan poco asequible como la cumbre del Himalaya, o como un jeroglífico egipcio.

¿Qué hacemos, que nos dormimos si imaginamos que nuestro mundo puede regenerarse si sigue así? No. Siguiendo así no puede tender a regenerarse, sino tender a un practicismo materialista, propicio para el desarrollo de todas las revoluciones.

Es hoy día una necesidad vital, de primera urgencia, que los católicos responsables abran de una vez los ojos, y se den cuenta de que no son «cuestiones inútiles» sino vitales, todas las que se refieren a informar nuestra sociedad con una cultura católica superior, y que las revoluciones antes de vocear en las plazas y levantar barricadas en las calles, han nacido y tomado cuerpo entre las ideas de un filósofo y científico, e informado un círculo cultural determinado.

El *Instituto Filosófico de Balmesiana* que ha nacido precisamente para poner una migaja de levadura en medio de una sociedad empastada en la dureza de la masa sin fermentar, llama de nuevo la atención a todos los hombres de buena voluntad: es preciso, es absolutamente indispensable que esté al alcance de todos los católicos de hoy, el rico contenido de ideas filosóficas y teológicas de nuestra cultura.

Por Dios, no vayamos a imaginarnos que una planta vive, cuando está pegada en el álbum de un herbario; ni creamos que hemos progresado en lo más importante, mientras hayamos de cortar en un auto sacramental aquellos párrafos que la gente de hoy «no entiende»...

No es lo mismo colocar en casa una imagen gótica, que al fin adorna como adornaría una pieza de museo, que ponerla como algo que vivifica una familia, secando sus lágrimas, bendiciendo su felicidad, recogiendo sus anhelos y dando a toda la vida un sentido divino.

Recogiendo lo que nos dice la historia, ya es hora de que abramos los ojos.

El valor de la razón, cuestión actual *

En la historia del pensamiento se advierte una oscilación entre exceso de estimación de la razón y su menosprecio.

Podemos distinguir entre exceso de estimación de la razón o racionalismo en relación con la Revelación y exceso de estimación de la razón o racionalismo dentro del círculo filosófico y sin relación directa con la Revelación.

El racionalismo en relación con la Revelación ha tomado históricamente dos formas capitales:

a) Adhesión al contenido del dogma, pero negando el carácter de misterioso que tienen algunos dogmas, afirmando que la razón podía descubrirlos o que una vez revelados los puede demostrar, es decir, no ya probar la evidencia de su credibilidad, no ya demostrar que no repugnan a la razón evidentemente o que evidentemente no repugnan, sino demostrar su evidencia intrínseca.

b) Negación de la Revelación por estimar que no hay fuente de conocimiento superior a la razón natural, negando la posibilidad de la Revelación o su realidad histórica.

Dentro del círculo filosófico y sin relación al orden sobrenatural el racionalismo consiste en considerar la razón como única fuente de conocimiento en cuanto las demás llamadas fuentes de conocimiento no proporcionan conocimientos sino datos para que la razón elabore conocimientos.

Esta es a mi juicio la definición del racionalismo filosófico, porque no se debe considerar racionalista al que afirma que las otras fuentes de conocimiento, experiencia y autoridad, no llegan a tener valor fundadamente reconocible por el hombre hasta que son avaladas por la razón; porque ésta es la posición no del filósofo racionalista, sino de todo filósofo que no sea dogmático o ingenuo, de todo filósofo que esté persuadido de la necesidad lógica de la Teoría del conocimiento, de la Crítica.

Prescindiendo de un recorrido histórico para señalar períodos de dominio de racionalismo y otros de dominio antirracionalista y ateniéndonos al estado actual, bien podemos decir que hoy hay una poderosa corriente antirracionalista en que muchos están inmersos, y a la cual todos debemos prestar

(*) Del cursillo profesado en el Instituto Filosófico de Balmesiana el 4 de febrero de 1954.